

Domingo 05.09.21
EL CORREOOPINIÓN **A** 33

El evangelio de Pasolini

La fuerza de las imágenes llega más allá de una de las historias más veces contadas

JUAN BAS



Hacia muchos años que no veía 'El evangelio según San Mateo', que fue como se estrenó en España (el título original es 'Il Vangelo secondo Matteo', 1964) la considerada obra maestra de Pier Paolo Pasolini. Añadir la santidad omitida del evangelista fue la única exigencia de la censura, que no pudo encontrar pega alguna en una película cuyo guión utiliza los monólogos y diálogos sin alterar el texto de San Mateo. Tuvo que desconcertar la ausencia de heterodoxia en una obra debida a un ateo, marxista y homosexual.

Es curioso cómo funciona la memoria. Al ver de nuevo 'Il Vangelo', aunque ha pasado tanto tiempo desde la última vez, iba recordando sobre la marcha muchos planos de gran fuerza visual y la banda sonora, la original y los fragmentos de Bach, Mozart, Prokófiev y 'Godspell'. Está claro que la película me impresionó. Vista ahora, coincido en que me parece la obra maestra de Pasolini, quizá incluso su única película buena de verdad. La otra película suya que aprecio es la última, 'Saló, o los 120 días de Sodoma' (1975). Fue la última porque fascistas italianos no la soportaron y mataron a Pasolini con la apariencia de un oscuro y brutal asesinato de chaperos. Entiendo que para un fascista el retrato del fascismo extremo de 'Saló' sea un agravio insoportable. Es posible que sea la película que más me ha perturbado en mi vida. No volveré a verla por si el tiempo ha convertido lo perturbador en bochornoso. No lo creo, pero por si acaso no quiero comprobarlo.

Pasolini dedica 'Il Vangelo' a la memoria de Juan XXIII. El hombre comprometido con la izquierda que era Pasolini reconoció los honestos intentos de Juan XXIII por establecer un puente razonable entre cristianos y marxistas. Y Pasolini muestra en la película, como si fuera un sobrio y a la vez estilizado documental, su fascinación por el personaje y por las palabras de Jesucristo, por su mensaje de igualdad y revolución social (que le cuesta la vida porque es peligroso para el poder establecido) sin que le haga falta para exponerlo nada más que el texto del evangelio.

Me sorprende felizmente que la extraña fascinación de la película subyugue a alguien como yo, que tampoco soy creyente. Es por los primeros planos de rostros conmovedores, por la ambientación en aldeas pobrissimas del sur de Italia o por secuencias como la de Cristo caminando sobre las aguas o la del apremiado suicidio de Judas. Es la fuerza de la literatura y de las imágenes la que llega más allá de una de las historias más conocidas y más veces contadas y de la religiosidad o de su ausencia: la fuerza de la belleza y de la verdad desde la mirada de un poeta.

Paradojas afganas

JAVIER ZARZALEJOS

El realismo que lleva a Occidente a replegarse de responsabilidades globales trae un orden internacional sin aspiración a defender derechos fundamentales

En Estados Unidos se habla de la «paradoja progresista» para referirse a esa izquierda que defiende con indignación apasionada los derechos y la igualdad de todos y todas mientras suscribe el paradigma multicultural que, en nombre de la diversidad, niega que 'nuestros' derechos puedan 'imponerse' más allá del ámbito occidental, bajo pena de ser tachados de eurocéntricos. La izquierda 'multiculti' traga con las ruedas de molino que suministra la diversidad mal entendida, sin dar razón de tanta tolerancia ante aquellos que reivindicando creencias religiosas, identidades étnicas, tradiciones culturales o modos de vida atávicos para constituir en nuestra sociedad mundos separados donde los principios esenciales sobre los que asienta la convivencia, simplemente, no rigen.

Sorprende más aún cuando se repara en que las prácticas culturales que plasman esa diversidad tienen como víctimas a las mujeres y las niñas, por no hablar de las opciones sexuales minoritarias. Los códigos en el vestir, la retirada de la vida social y escolar, los matrimonios forzados de menores, la poligamia, el veto a la socialización, la sumisión y la violencia contra la mujer entendida como un comportamiento aceptable en esos marcos culturales son esa otra cara de la que un peculiar sentido del respeto a la diversidad oculta su verdadero nombre: barbarie.

A propósito de Afganistán esas trágicas paradojas se reproducen. El contenido que esa cierta izquierda siente ante el fracaso de Estados Unidos no le impide rasgarse las vestiduras ante el destino que espera a las mujeres afganas, tras el final de una misión militar que nunca apoyó. Sin embargo, de acuerdo con la lógica multicultural, la salida de los aliados debería restaurar una vida de orden y tranquilidad que habría recuperado esas peculiaridades que los occidentales, con su falta de respeto hacia la diversidad, querían erradicar. Bien sabemos que el



mundo armónico en el que cada uno vive dentro de una identidad impermeable no existe y que esa identidad impuesta, normativa y segregadora es una verdadera cárcel cultural.

La ministra Irene Montero proclamaba como prioridad proteger a las mujeres afganas y la comunidad LGTBI. Hay que tomar nota de que Montero no habría hecho ese llamamiento si los americanos siguieran en Kabul. Lo que no explicó la ministra es cómo habría que dar esa protección: ¿otra vez con tropas o tal vez con talleres de masculinidad para los talibanes? Y además, ¿de qué habría que protegerlas, cuando precisamente la situación de la mujer es la mejor aunque sea la más trágica expresión de la diferencia que tanto gusta?

Personalmente creo que reivindicar lo que asumimos como imperativos de dignidad humana es un deber incondicional y que la Declaración Universal de Derechos Humanos no admite derogaciones identitarias. Claro que Montero lo tiene fácil. Para evitar juicio alguno que com-

prometa su teoría multicultural, extiende a todos la sombra talibán argumentando que también en nuestras sociedades hay desigualdad y violencia contra la mujer, como si fueran situaciones ni remotamente comparables.

Ahora los países europeos se preparan con preocupación para una posible oleada de refugiados que lleguen a nuestras fronteras huyendo de Afganistán. Es curioso —y, de nuevo, paradójico— que tantos huyan buscando fuera lo que tuvieron al alcance en su país. Es curioso que se afirme, sin más matices, que las instituciones y el respeto a los derechos humanos básicos son imposibles de trasladar a un país del que una buena parte de su población está dispuesta a escapar precisamente para disfrutar fuera de eso que, según parece, es imposible en su casa.

Decenas de miles buscarán protección y la esperanza de una vida mejor en otros mundos culturales donde a las mujeres no se las lapida por una acusación de adulterio —como hace 2.000 años se enseñó en el Evangelio—, a las niñas no sólo se les permite, sino que se les obliga a ir a la escuela, donde se prohíbe el matrimonio precoz y se persigue el crimen de honor y en los que se puede rezar al dios en que cada cual crea o no rezar ni creer.

Los que ven cumplida su profecía del fracaso occidental, pueden estar tranquilos. Durante mucho tiempo no planteará nada que no sea la utilización de la fuerza militar para objetivos exclusivamente bélicos. Nada de 'nation building', de desarrollo institucional y mucho menos de 'imposición' de la democracia a pueblos que estarían encantados con sus violentas tiranías. Si el realismo ha llevado a que Occidente se repliegue de responsabilidades globales, es igual de realista reconocer que un orden internacional privado de toda aspiración a promover un nivel elemental de respeto a derechos fundamentales básicos equivale a sustituir un problema por otro seguramente mayor.

Operación Burj Khalifa

ALBA CARBALLAL



Hace pocos días saltó la liebre con una filtración histórica: la de los preparativos institucionales de cara a la muerte de Isabel II. Seguramente la monarca de Reino Unido no tenga ninguna intención de largarse pronto al otro barrio, pero la verdad es que a los británicos les está quedando un protocolo funerario precioso. La 'Operación London Bridge' incluye frases telefónicas en clave, banderas en posición de luto oficial en un tiempo

máximo de diez minutos, salvadas disparadas por el Ministerio de Defensa por todo el país, un silencio absoluto en redes sociales, una procesión fúnebre, un día festivo, una sucesión real rápida a favor de su hijo y hasta un exhaustivo plan de acción —que varía en función del lugar donde se produzca el fallecimiento— para trasladar el féretro de la reina a Londres.

Me pregunto si la Casa Real española tendrá previsto un operativo similar para la

fuga definitiva del rey emérito. Aunque el traslado nos saldrá bastante más caro, por lo menos el tema de la abdicación ya lo tenemos solucionado: eso que adelantamos. Lo de las banderas a media asta, los cañonazos y el apagón digital aquí nos lo tomaremos con un poco más de calma, pero a lo del día festivo seguro que nos apuntamos los primeros. Que se note la campechana. El plan tendría que llamarse 'Operación Burj Khalifa': el destino de residencia escogido por su majestad y el tamaño de las comisiones internacionales que —presuntamente— habría cobrado de manera irregular durante décadas así lo demuestran. Puede que al final no nos quede tan glamuroso como la 'performance' que tienen preparada los 'british', pero en cualquier caso, y como dijo aquella niña sabia por la tele, es mejor eso que morirse.